

RESEÑA

**Alonso Zamora Vicente. Historia de la Real Academia Española.
Madrid, Espasa, 1999.**

Por María Teresa Pochat

Universidad de Buenos Aires

Por la solvencia que le otorga su profundo conocimiento de la Institución, a la que pertenece desde hace ya cuatro décadas, Alonso Zamora Vicente recibió de la Real Academia Española el encargo de redactar su historia. Miembro del Seminario de Lexicografía desde 1961, elegido Académico en 1966 y Secretario Perpetuo de la institución entre 1971 y 1989, año en el que renuncia al cargo, pocos podrían presentar con la claridad con que lo hace este escritor, desde perspectivas diversas y complementarias, una historia de la prestigiosa Corporación, cuyos *aciertos, errores olvidos y rectificaciones* han suscitado siempre opiniones encontradas y encendidas polémicas.

Con loable ecuanimidad, el autor no soslaya situaciones conflictivas en las que fue parte la Real Academia Española y hasta dedica un capítulo a las "voces hostiles a la Academia", en el que se reproducen textos críticos de muy diversa índole e ilustraciones burlescas publicadas en la prensa periódica. Zamora Vicente confía en que las páginas del libro que presenta "pongan, por lo menos, algo de claridad en muchos juicios que sobre la Academia aún leemos y oímos frecuentemente: su funcionamiento, sus atribuciones, su composición, sus silencios, los motivos que arrojan sus resoluciones, etc". (pp. 9-10)

En cumplimiento de este objetivo, se ofrece al lector una narración histórica, tan amena como ampliamente documentada, en la que se van entremezclando cuestiones trascendentes de organización y política institucional con otras relativas a tareas lexicográficas, anécdotas sobre algunas tradiciones de la Corporación o detalles curiosos como el del origen y significación del tan conocido y discutido lema "*Limpia, fija y da esplendor*".

De este modo, y en diferentes apartados, se van conociendo las sucesivas reformas de los estatutos, los cambios edilicios y problemas presupuestarios, los esfuerzos que trajo consigo la elaboración de las sucesivas ediciones de diccionarios, gramáticas y otras publicaciones de la Academia, la modernización tecnológica y su incidencia en la metodología de trabajo, el paulatino enriquecimiento de la biblioteca institucional, la historia del museo que actualmente funciona en la casa en la que vivió y murió Lope de

Vega, y otros tantos temas igualmente interesantes para la reconstrucción de las distintas etapas de la historia de la corporación. Por el contrario, y como nos advierte su autor, hay en el texto pocas referencias a lo que se podría llamar vida "pública" de la Academia: constante participación en jurados literarios y actos culturales organizados por otras instituciones, etc. Su inclusión queda pendiente y se invita a emprenderla a otros investigadores curiosos, interesados en el tema.

Esta *Historia de la Real Academia* comienza con "Los primeros pasos" de la Institución pero, para facilitar la comprensión de los rasgos con que surgió la corporación dieciochesca, Zamora Vicente se remonta a antiguos "Antecedentes", como las reuniones renacentistas en los diversos reinos de la monarquía española y sus similares existentes en otros países de Europa.

Acorde con el criterio de que —en palabras del autor— "la historia de una corporación, sea cual fuere su naturaleza, es la de historia de sus componentes" (p.59) la sección de la obra titulada *Memoria de Académicos*, que ocupa casi la mitad de la publicación, está organizada alfabéticamente, consignando en cada letra mayúscula y minúscula con que se identifican las sillas académicas, la nómina de los sucesivos ocupantes. El primer apartado registra información sobre los académicos del siglo XVIII y el segundo la correspondiente a los de las dos centurias siguientes. El último apartado del libro señala quiénes eran académicos en la fecha fijada como límite de la investigación (1996). Este método expositivo pone de relieve la desproporción existente entre los datos conocidos correspondientes a diferentes académicos: de algunos de ellos, la escasez de documentos obliga a una mención biográfica muy escueta; de otros, figuras eminentes y destacadas en diferentes ámbitos de la vida pública española, existen tantas referencias accesibles, que la apretada síntesis se completa con notas bibliográficas a fin de cada apartado.

La sucesión cronológica muestra, por otra parte, la paulatina transformación institucional, en cuanto a la elección de sus miembros. Desde la época de su creación por el Marqués de Villena (1713) y el predominio en la Institución de aristócratas y caballeros, la Academia evoluciona al incorporar en el siglo XIX personalidades destacadas por sus méritos literarios; y se llega a la época actual en la que los integrantes del cuerpo académico pertenecen a distintas ramas del mundo de las Letras (lingüistas, novelistas, poetas, ensayistas, dramaturgos, periodistas) y otros son juristas, economistas, científicos, militares o dibujantes.

El autor señala en diversas oportunidades lo que él llama *acompañado vaivén tradiciones- innovaciones* en la vida de la Academia, y destaca la constante manifestación de independencia científica y tolerancia humana de que ha dado prueba la Corporación en momentos difíciles. A este respecto, el capítulo "También hubo días

aciagos" pone especialmente de relieve las múltiples vicisitudes que debió afrontar la Academia en distintas etapas de su historia, a raíz de graves acontecimientos como la expulsión de los jesuitas, las guerras del siglo XIX, la represión fernandina o la revolución de 1868.

Ya en el siglo XX, por ejemplo, se produce no sólo el veto de la dictadura de Primo de Rivera a la designación de Alcalá Zamora que no será elegido hasta 1931, sino la disolución de la Academia en julio de 1936, por decreto del presidente Azaña, y la creación del Instituto de España en 1937, en la zona franquista. La detallada relación de la reorganización de la Academia en la posguerra hasta el regreso de Menéndez Pidal en 1944, resulta muy esclarecedora respecto de actitudes individuales y corporativas. El ejemplo quizá más relevante es el no acatamiento de la Corporación a la orden del Ministerio de Educación que en 1941 daba de baja a seis académicos expatriados.

Resulta muy ilustrativo el capítulo "Algunos se quedaron en el umbral". Sobre aquellas personalidades que, no obstante poseer méritos sobrados para ello y haber ostentado grados intermedios en la Institución, nunca llegaron a ser académicos de número por distintas circunstancias personales o políticas. La nómina de *correspondientes*, españoles y extranjeros, presenta un panorama amplio y complejo de la vida de la Corporación.

Las páginas dedicadas a las Academias Hispanoamericanas trazan la historia de las correspondientes corporaciones de la Española en diversos países, así como de los conflictos que hubo que superar para llegar a crear la Asociación de Academias de la Lengua Española, cuyo Estatuto fue aprobado en 1951.

La cuidada edición de más de 600 páginas se completa con una serie de magníficas reproducciones artísticas, intercaladas a lo largo de toda la obra. Estas pinturas, dibujos, grabados, esculturas y fotografías, a la par de documentos valiosos para la Historia de la Real Academia, contribuyen a recrear el clima en que se ha desarrollado en sucesivas etapas el trabajo de la Corporación. El capítulo titulado "El rostro de los Académicos" informa detalladamente sobre el bastante escaso patrimonio artístico de la Academia, así como sobre los distintos retratos de académicos realizados por Goya y otros pintores, que aunque hoy pertenecen a diversas colecciones han sido localizados e incluidos en la publicación.

El capítulo "Las mujeres en la Academia" ilustra sobre los problemas que supuso desde el siglo XVIII la solicitud de incorporación de representantes femeninas al conjunto de académicos. En consonancia con la historia de la mujer en la España contemporánea, el autor explica que no fueron admitidas personalidades de gran renombre como Emilia Pardo Bazán ni pudo ser elegida Blanca de los Ríos. Hubo que llegar a 1978 para que fuera votada masivamente Carmen Conde Abellán.

La reflexión profunda ocupa el capítulo "El futuro, esa incertidumbre..." En sus

páginas, el brillante lexicólogo exhorta al trabajo callado y constante de la Academia, a que la Corporación esté siempre abierta al examen de las corrientes nuevas, en la sociedad de la comunicación que caracteriza el comienzo del nuevo siglo, sin asumir actitudes dogmáticas ante el hecho lingüístico. Recomienda multiplicar las publicaciones y proyectos académicos y proclama su fe en el porvenir de la Institución.

Con notable claridad expone Zamora Vicente la situación actual del mundo hispanohablante y plantea la necesidad de una intensa educación y cree que no se debe dejar en manos de políticos y gobernantes la protección lingüística. A nuestro entender, esta *Historia de la Real Academia* constituye una valiosa herramienta y fuente de consulta tanto para los estudiosos y maestros de nuestra lengua, como para todos aquellos interesados en comprender la compleja relación existente entre lengua, sociedad e instituciones académicas.